



DIVERTIDA. Un momento de la representación. / J. M. E.

Una familia de narices

ARTURO TENDERO/

La compañía madrileña Morboria se ha convertido en una habitual del Festival de Chinchilla al que aporta siempre montajes minuciosos y fieles con el original. En el 2001 trajo El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, y el pasado año vimos su versión de El lindo don Diego, de Agustín de Moreto. Este año han venido de sobrerros, sustituyendo al Tartufo anunciado en un principio. Parece mentira que tratándose de una empresa casi familiar sea capaz de trabajar con tanto ritmo y a la vez tanto cuidado con los detalles. Si observamos el programa de mano, nos damos cuenta de que Eva del Palacio participa en todas las fases del proceso, desde la traducción del texto hasta la actuación (interpreta el papel de Antoñita la criada), pasando por supuesto por la dirección, escenografía y vestuario. Sólo renuncia a participar en la música, que deja en las manos del especialista del grupo, Carlos Pérez Mántaras, que además la interpreta en directo.

En contra de lo que podría presuponer que una persona esté a la vez en tantos menesteres, el montaje es enjundioso y divertidísimo. La tal Eva del Palacio es un hacha, sin duda. Enfoca una obra tan conocida como El enfermo imaginario desde la perspectiva bufonesca, la más fiel al original, ya que Molière había empezado con su grupo de Los amigos de Bèjart improvisando con el método de la comedia del arte italiana y mantuvo luego en sus obras elementos de esta corriente, cosas de payasos, como personajes arquetípicos, besos equívocos, palos repartidos al tuntún y ceremonias ridículas. Un poco de todo ello hay en esta obra suya, la última, ya que se sintió enfermo de muerte cuando encarnaba el personaje del enfermo imaginario, y expiró vestido de amarillo según la leyenda.

En el montaje de Morboria, los payasos en lugar de llevar la nariz roja y redonda la llevan larga, como el Tartufo, como Pinocho en el país de los mentirosos. Fernando Aguado, el enfermo, hace una creación espléndida, trufada de matices, que le valió en abril el premio al mejor actor en el Certamen Arcipreste de Hita. Morboria consiguió en el mismo certamen los premios al mejor montaje escénico y el especial del jurado. En una palabra, que arrasó. Y no es de extrañar. Al público que esta vez casi llenó (la mejor entrada hasta el momento) el Claustro de Santo Domingo de Chinchilla, le hizo pasar un rato estupendo. A todos menos

a los que encontraron entrada en la parte alta, en el palco B, donde sólo hay tres filas y los que se sientan en la segunda y tercera se quejan de que ni se ve bien ni el cristal les deja oír lo que se cuece en el escenario.

Una pena porque en el escenario se cocía un montaje lleno de colorido y de minuciosa energía. El texto es estupendo, pero hay que saber ponerlo en pie como lo ha hecho Morboria Teatro, que ha decorado el mobiliario al más puro estilo rococó, conforme a la época del rey Sol en que se fecha la comedia. Los trajes son para exhibir en un museo y las caracterizaciones de los personajes antológicas. También es digna de premio la composición que hace Santiago Nogués del hijo del médico Diafoirus, con la que mantiene a la concurrencia en una risa interminable desde que aparece hasta que hace mutis.

Pero a pesar de sus múltiples aciertos y de que resulta un regalo para los aficionados, la representación también presenta aspectos mejorables. Por ejemplo la interpretación del personaje de Angélica, la hija del enfermo imaginario. Se trata de un papel de ingenua, una seria entre payasos, siempre más difícil de matizar que los personajes que se agitan a su alrededor, pero precisamente toda esa energía que la rodea deja más al descubierto sus carencias. Tampoco sobresalen las dotes de su enamorado Cleanto, en medio de un reparto en que los demás brillan a gran altura.

El otro aspecto mejorable lo encontramos en el metraje. Ciertamente el propio Molière calificó su obra como "comedia con intermedios musicales y danzas". Es muy probable que estos intermedios dieran una oportunidad de participar a los espectadores del siglo XVII, pero rompen el hilo conductor del montaje. Y puesto que la versión recorta los parlamentos y añade algunos cambios, como la sustitución del hermano del enfermo por una hermana, del mismo modo podría haber concentrado la representación en un solo acto. El descanso de diez minutos, cada vez menos frecuente en los teatros, rompe el ritmo y nada aporta al espectáculo, como tampoco aporta nada la prolíja ceremonia final de conversión del enfermo en médico. Se trata de detalles mejorables que empañan pero que no eclipsan lo mucho bueno que ofreció Morboria. El público les aplaudió con ganas al final y salió satisfecho y sorprendido de que, una vez más, no hubieran hecho falta los jerséis. Ya nadie recuerda la última edición en la que vivimos un prodigio semejante.

